

**VIAJE A EL SALVADOR EN BUSQUEDA DE
LOS RESTOS DE SERGIO MANCILLA CARO
MARZO 21 AL 28 DE 2015**

Escrito por Sergio Reyes

PRIMER DIA

El sábado 21 de marzo, llegamos al aeropuerto internacional Monseñor Oscar Arnulfo Romero de San Salvador tres compañeros desde tres puntos distintos. Desde las montañas aledañas a Santiago de Chile, llegó Leopoldo Luna; desde la Ciudad de Panamá, Vielka Bolaños, y desde Boston, Sergio Reyes. Nuestro objetivo común era buscar y encontrar los restos de Sergio Mancilla Caro, chileno, caído en combate en Chalatenango en 1981. Vielka, fue su esposa y compañera. Leo, dirigente del contingente de 4 chilenos internacionalistas que se unieron en 1981 al FPL, Fuerzas Populares de Liberación. Sergio, amigo personal y compañero de lucha en Chile. Sobre las circunstancias de la recuperación de la memoria de Sergio Mancilla se escribió un libro, “La Historia de Sergio Mancilla Caro, Un Guerrillero Internacionalista Austral”, así es que no abundaremos más en este reporte sobre ese tema.

Vielka y Leopoldo se reencontraron en el Aeropuerto Internacional de Tocumén, en Panamá. El mismo vuelo de la aerolínea COPA en que viajaba Leopoldo hacía escala allí, a la vez que se sumaban pasajeros que iban con destino a San Salvador. Leopoldo y Vielka no se veían desde 1982. De tal manera que el reencuentro estuvo cargado de emociones, aunque, al igual que todo nuestro viaje, no exento de anécdotas, ya que Leopoldo agotado por el sueño luego del largo viaje, se quedó dormido en la sala de espera, y el encuentro se produjo al momento del abordaje, cuando se levantó de su asiento y nuestra Vielka lo reconoció por su caminado, a pesar de los años y muchos pelos menos.

En el aeropuerto de San Salvador los estaba esperando nuestro compañero salvadoreño Berne Ayala. En 1981, Berne tenía alrededor de 16 años y ya estaba involucrado en una guerra que él no había iniciado. En nuestras conversaciones se evidenció que los chilenos que llegaron a combatir a El Salvador eran ya hombres “viejos” para entonces, porque tenían alrededor de 30 años. Mi amigo José Alemán, salvadoreño radicado en Massachusetts, no podía haber escogido un mejor hombre para que nos guíe en esta búsqueda. Berne creció, luchó, y sobrevivió la guerra, y hoy se ha transformado en un escritor importante de este conflicto que llegó a las armas y costó decenas de miles de muertos, en un pequeño país que hoy cuenta con cerca de 6 millones de habitantes.

A Berne lo reconocí en el pasillo de salida del vuelo de United que me llevó a El Salvador. Lo había visto en una fotografía de contraportada de uno de sus libros. Luego de grandes abrazos de amigos, aunque solamente habíamos hablado por teléfono e intercambiado correspondencia electrónica para planificar nuestro viaje, fue como un reencuentro de viejos camaradas. Berne había hecho arreglos por medio del vice-canciller Castaneda para que nos recibiera como si fuésemos diplomáticos. El mismo Berne se veía muy oficial con su identificación, que le permitía circular en áreas del aeropuerto que de otra manera habrían estado fuera de su alcance. En medio de bromas nos dirigimos hacia el área de cancillería con sus salones VIP. En el camino tuvimos que cruzar un pasillo que colindaba con un puesto del cuerpo de INTERPOL. Confieso que un escalofrío recorrió mi cuerpo al recordar otros días, saliendo directamente de las cárceles de Pinochet a un cuarto de INTERPOL en Santiago para ser subido a última hora al avión que me sacaría hacia el exilio en los EE.UU.

Bromas más, bromas menos, cuando le cuento mis aprehensiones sobre la INTERPOL, llegamos a una de las salas VIP donde nos esperaban Vielka y Leopoldo. A ninguno de los dos los conocía en persona. Leopoldo venía listo, según me pareció, para reiniciar la lucha en las montañas de El Salvador. Claro, esta vez, una lucha por la memoria, a la cual venía armado de sus recuerdos y percepciones. Una gran mochila y una de “mano” eran su equipaje. Siendo un tanto mayor que yo, Leopoldo, me pareció como un indómito combatiente, alegre de enfrentar la vida y sus desafíos. Vielka, mientras tanto, con una sonrisa a flor de labios, serena, tranquila, que sería un excelente balance para un grupo de hombres llenos de ideas y palabras que brotaban a cada rato como agua de manantial. Leopoldo, volvía a ser Ramiro, su nombre de guerra, de los años 80. Volvía a pisar suelo que hizo, no por avión sino por tierra en 1981 junto a su hermano, a Sergio Mancilla, quien tomó el nombre de guerra de Horacio, y a Juanito otro compañero chileno. Desde su salida Leopoldo no había vuelto a El Salvador.

La maleta de Vielka no llegó desde Panamá. Nuestra gran preocupación era que allí venían importantes documentos pertinentes a nuestra misión. Afortunadamente, llegó en el último viaje del día de COPA desde Panamá, para lo cual hubo que hacer un nuevo viaje desde la capital al aeropuerto, unos 45 minutos de distancia. Era fundamental tener todo, ya que partíamos temprano al día siguiente hasta Chalatenango, y no volveríamos hasta el jueves por la noche.

Pernoctamos en un pequeño hotel de ambiente familiar, el Hotel Tazumal, cerca de la Universidad de El Salvador. Con gran alegría descubrí que teníamos WIFI y aire acondicionado. Pronto empezaron a salir de la gran mochila de Leopoldo, los regalos tradicionales de los chilenos, vinos. Pronto decidimos que era hora de cenar y partimos a un restorán de barrio. En el camino pasamos a buscar quién sería el quinto miembro de nuestra cuadrilla de trabajo, Pedro Café, cuyo nombre es Milton Ayala Suchicital.



(En la foto Leopoldo Luna, Vielka Bolaños, Berne Ayala, Sergio Reyes. Hotel Tazumal, San Salvador)

Después de muchas historias y recuerdos de guerra, volvimos a nuestro hotel. Más tarde partirían nuevamente los compañeros al aeropuerto a buscar la maleta de Vielka, lo que finalmente se logró.

SEGUNDO DIA

Domingo, 22 de marzo. A las 7 de la mañana ya estábamos instalados en las mesas del comedor del hotel, ya que a esa hora empezaba el servicio de desayuno. El desayuno fue de satisfacción de todos, abundante, típico y exquisito. A las 8 AM ya teníamos nuestro equipaje en el vehículo de Berne y partíamos camino de Chalatenango, donde haríamos una parada para aprovisionarnos y partir de allí a El Jícara, donde estableceríamos nuestro centro de trabajo y descanso, en la casa de la compañera Orbelina Mejía.

Se retomarán las conversaciones de recuerdos de guerra. Berne tiene una memoria sorprendente y pareciera que conoce cada pedazo de territorio que tocábamos. Una vez tomada la carretera, Leopoldo recordaba cómo llegaron los 4 chilenos que viajaron en tiempo de guerra en un bus de transporte colectivo, para bajarse en una parada que los llevaría a los cerros desde donde no saldrían más a la ciudad. Leopoldo nunca conoció San Salvador. Los 4 chilenos llegaron desarmados de armas de fuego.

Las únicas armas que portaban eran las de su ideología libertaria y su convicción que valía la pena dar la vida por ella. Para Vielka, Leopoldo y yo, pensar que ese fue el camino que hizo nuestro compañero Sergio Mancilla para quedarse en algún monte de El Salvador, era un pensamiento sobrecogedor. Para nuestros compañeros salvadoreños, era aprender sobre un caso más de sacrificio en aras de una justicia y una paz que aun eluden a su pueblo.

La gran duda de Leopoldo era identificar dónde se habían bajado del bus, para ingresar de a pie a lo que fue territorio de guerra. Luego de 34 años, la carretera había cambiado. Los cerros, permanecían como punto de referencia. Muchos de los pueblos por los que pasábamos, Leopoldo los reconocería de nombre. Eventualmente nos explicó que muchos de ellos nunca los vio de día, porque sus desplazamientos eran de noche.

Luego de más o menos hora y media, llegamos a Chalatenango. El departamento completo tiene alrededor de 260,000 habitantes y su actividad es fundamentalmente agraria. La Ciudad de Chalatenango es el asiento comercial del departamento, y así lo percibimos al llegar al supermercado donde nos aprovisionaríamos para el tiempo que estaríamos establecidos en El Júcaro. Desde Chalatenango a El Júcaro la marcha sería lenta por tener que transitar por un camino de tierra, accidentado y generalmente angosto. En nuestro vehículo seguía el ejercicio de la memoria de nuestro Leopoldo, alejado del territorio en más de 30 años, que la Montañita, la Montañona, el Ocote Redondo, este o aquel nombre, que era o validado o refutado por Berne.



(En supermercado de Chalatenango, Berne, Leopoldo, Bielka)

Al final llegamos a nuestra casa huésped de la tía Orbelina, una menuda mujer que nos recibió con mucho cariño. Nuestros aposentos consistirían de 3 camas y 2 hamacas. Pedro y Leopoldo se ofrecieron de voluntarios para las hamacas. Descansamos un tanto del viaje, y esperamos que bajara el sol del mediodía para hacer nuestro primer viaje cerro arriba hacia la Quebrada del Zope¹, donde se encontró el cuerpo sin vida de Sergio Mancilla en 1981. Valga decir que Berne y Pedro ya habían identificado el área de esta quebrada, basados en el parte de guerra emitido por Benito médico. Al indagar sobre estos partes de guerra, Berne y Pedro nos explicaron que esto no se hacía habitualmente. Que existieron pocos partes de guerra sobre la caída en combate de algún compañero, y el de Horacio era el primero que conocían. Esto fue una excepción a petición de la Comandancia General de la Guerrilla, dado que el caído era un internacionalista chileno, al que originalmente se había dado como desaparecido. Al encontrar una patrulla los restos, se hizo un primer reconocimiento de que era Horacio, y se le pidió al médico Benito que hiciese el reconocimiento de los restos y causa de muerte. Benito hizo un bosquejo rudimentario que incluyó en su parte.

¹ El zope es el nombre que se le da en El Salvador al buitre.



(Patio de la casa de la Tía Orbelinda en El Jícaro)

En el camino, nos encontramos con un compañero que sobrevivió también aquellos tiempos, siendo muy joven hacia 1981. Su nombre de guerra era “Fonchito”, y su nombre José Alberto Casco. Grabé parte de la conversación con él. El nos relató cómo a propósito del mismo cerco y ataque del ejército tuvo que enterrar a 4 niños (“bichos” como les dicen a los niños) asesinados por el ejército. A pesar de vivir en el área él mismo reconoce que no podría hoy con certeza identificar exactamente dónde los enterró. Le encomienda, pues, a Leopoldo, que tenga la memoria suficiente para encontrar los restos de nuestro Horacio.



(Fonchito, Berne y Leo, camino de El Potrero)

Luego de viajar por caminos aún más difíciles, llegamos hasta el lugar donde había que iniciar el ascenso a pie. La subida por terreno empedrado y tierra suelta fue bastante demandante para todos, mucho más para un ciudadano cuyo fuerte nunca ha sido el excursionismo. Nuestro querido compañero Pedro tomó sin más la abnegada tarea de llevar sobre sus hombros la mochila más pesada, y ocupó el lugar de retaguardia, tal vez para asistir a quién tuviera algún problema en el ascenso. Berne, con su energía y ansiedad aun juvenil, tomó la delantera, seguido por Leopoldo, ambos en animada conversación camino arriba. Después de media hora de ascenso, llegamos a un lugar plano, que Berne reconocía como El Potrero, la casa de Rogelio Ortega.



(Cuesta arriba hacia El Potrero, Vielka y Pedro)

En primera instancia, nos interesaba encontrar el punto donde se había producido el hallazgo del cuerpo de Sergio Mancilla. El sector que previamente había ya identificado Berne y Pedro, indicaba la base de una casita como la que describía Leopoldo en su relato. Lo que no le calzaba a Leopoldo era la ubicación del Cerro La Montañita (lo que Benito posiblemente erróneamente describió en su parte como Cerro El Zope – nadie en el área, en particular Rogelio reconocía la existencia de un cerro con tal nombre). Nuestros tres compañeros, Leopoldo, Berne y Pedro, deciden bajar la quebrada hasta el riachuelo y cruzar al otro lado de donde estábamos. En ese lugar se identificó un sector plano que podía haber sido base para una casita como la que Leopoldo describió, en esa posición entonces se determina aquel como el lugar donde se encontró los restos del cuerpo sin vida de Sergio Mancilla, después de varios meses. A Leopoldo tampoco le cuadra la fecha del parte de guerra que colocaría el hallazgo del cuerpo 5 meses después de su caída que se habría producido en el sitio a la comandancia de la guerrilla donde se encontraba el Comandante Salvador Cayetano Carpio, “Marcial”. Se ha determinado que se trató de lo que compañeros denominan la Guinda de Octubre 1981. Muchas veces escuché el término “guinda” que para mí es una fruta, pero para los compañeros significa una “retirada” junto a civiles del sector, ya que era práctica del ejército, asesinar a los que consideraba apoyistas de la guerrilla (la guinda es un fruto ácido, como era esas marchas de huida, igual con muchos gajos de gente). Mucho más cuando en ese lugar estaba lo que el FPL denominaba una Unidad

de Vanguardia Zonal (UVZ).

Mientras los compañeros hacían la labor de exploración y reconocimiento, aproveché la oportunidad del escenario de la montaña, en el lugar donde ya sabíamos había caído nuestro compañero Sergio Mancilla, para hacer un momento de reflexión en vídeo, sobre esta visita física y espiritual que le hicimos después de tantos años.



(Vista panorámica de La Quebrada del Zope)

Así concluyó nuestro primer día de trabajo, y reiniciamos el descenso ya al ir cayendo la tarde. Cuesta entender que en tal accidentado terreno tuvieran que movilizarse a oscuras en aquellos años los hombres y mujeres, niños y niñas que conformaban la guerrilla.

TERCER DIA

Lunes, 23 de marzo. De nuevo hay altas temperaturas y humedad. La tarea de los compañeros era dejar de concentrarse en el lugar de la caída en combate que ya se había determinado el día anterior. Después de una noche de calambres agudos, decidí que no iría a esa labor de exploración, Vielka y yo nos quedamos para no atrasar el paso de los compañeros. El parte de guerra de Benito indicaba que se había recogido el cuerpo en un costal y llevado al comando de la UVZ de El Potrero, en espera de la fabricación de un cajón ataúd para enterrar el cuerpo. Desde esa unidad, el grupo del cual Leopoldo era parte, tomó la tarea de enterrarlo. De acuerdo a Leopoldo la primera decisión suya había sido subir cerca de la cima del cerro La Montañona para dejarlo enterrado allí. Luego de reconsiderar la situación,

decidieron que el ascenso sería muy dificultoso y prefirieron escoger un sitio alternativo. Ese era el lugar que esta vez buscarían los compañeros.

Cuando el sol no estaba tan fuerte Vielka y yo caminamos al centro de El Jícaro, nos detuvimos en un abasto donde nos encontramos con una joven neoyorquina que se encontraba haciendo servicio con el Cuerpo de Paz de los Estados Unidos en la zona. Le contamos nuestro objetivo en el área, lo que la joven recibió sin mayor emoción ni sorpresa. La señora que atendía y tal vez era dueña de la tiendita donde nos detuvimos, nos contó igualmente que su marido había muerto en la guerra. Lo mismo había sucedido con el marido de nuestra dueña de casa, la querida compañera Orbelina.

El día anterior Rogelio Ortega nos contó como él personalmente enterró a nueve mujeres que habían sido asesinadas por el ejército, y que aún yacen en un sitio de su campo. El recuerda los nombres de estas mujeres, que fueron sus vecinas. Queda pendiente entonces el apuntar esos nombres de parte de Rogelio y consignar sus nombres en una placa que sobreviva los tiempos, para que sus nombres no desaparezcan cuando el compañero Rogelio ya no recuerde más.



(Berne, Rogelio Ortega y Leo, en El Potrero)

El reporte de fin del día concluyó que exitosamente pudieron llegar al otro lado del cerro indicado el día anterior donde se habría producido el entierro del compañero Sergio Mancilla, pero no tuvieron tiempo de explorar más de cerca el terreno, lo que harían al día siguiente.

CUARTO DIA

El cuarto día, martes 24 de marzo, temprano por la mañana partimos Berne y yo a Chalatenango para comprar más provisiones, en particular para que los compañeros tengan tiempo de compartir con el compañero Rogelio, para ampliar conversaciones sobre sus recuerdos y compartir el almuerzo. Nuevamente arrecia el calor y la humedad. Una de las misiones centrales era comprar pintura para marcar las áreas ya exploradas. Otra vez, Vielka y yo decidimos quedarnos en El Jícaro, ya que poco podíamos aportar en las tareas indicadas.

Al regresar de las compras, nos damos cuenta que nos olvidamos de comprar la pintura. Lamentable omisión. Berne pensó que podría conseguir cal en el área. La tarea auto-asignada era dar la vuelta al cerro lo que implicaría una mayor distancia y un esfuerzo mayor.

El calor y la humedad empiezan a hacer estragos nuevamente. Vielka y yo nos quedamos en El Jícaro. Por mi parte preocupado por mis altos niveles de glucosa, disparados más allá de los límites de mi glucómetro.

La tarea de ese día fue internarse en el área previamente designada el día anterior. Lamentablemente, tanto la visibilidad como la movilidad dentro de ese terreno lleno de altos matorrales (charrales), de mayor altura que cualquiera de nosotros, no permitió que Leopoldo pudiera ubicar el lugar exacto donde se hizo el entierro en 1981. Los compañeros hicieron una detallada descripción de sus conclusiones durante la noche que grabamos en vídeo. Surge la posibilidad que tengamos que intentar desmalezar toda el área, descrita por Berne como una “manzana” para que Leopoldo pueda visualizar lo que su memoria consigna como marcadores.



(Berne mostrando la densidad de los “charrales” en el area donde se encuentra enterrado Sergio Mancilla)

QUINTO DIA

Miércoles, 25 de marzo.

Este fue el último día de exploraciones en el área, será entonces también una especie de despedida temporal de los restos de nuestro Sergio Mancilla que aun descansan entre esos cerros. De tal manera que esta vez decidimos nuevamente subir todos. Para Vielka y para mí, esta será la primera vez de verificar dónde yacen los restos de nuestro Sergio, Horacio. El ascenso esta vez lo hacemos lo más temprano posible, y conociendo parte del terreno se hace un poco menos exigente.

Me da la impresión que nos internamos aún más en área. de arbustos, aun cuando caminamos en senderos obviamente transitados por trabajadores y pobladores locales. Podemos ver los muros de piedra que quedaron grabados en la memoria de Leopoldo. Más tarde, por medio de la memoria de un compañero de Leopoldo que encontramos en San Salvador, nos enteramos que ese camino que transitamos, allí donde estaría enterrado nuestro Sergio Mancilla, lo llamaban “Cuesta del Calambre” (porque te dan calambres por lo escarpado que es el subir ese lugar)

Una vez todos en el terreno reafirmamos la conclusión previa de los compañeros que no hay otra alternativa que desmalezar esa manzana (alrededor de 2 acres) para poder localizar el lugar preciso de entierro. Las coordenadas tomadas con nuestra brújula digital indican:

Nuestra primera medición, indicando la primera muralla de piedra fue 256 grados. Coordenadas: 14 grados 6' 48” N – 88 grados 54' 37” W. La medición de la segunda muralla de piedra 14 grados 6' 53” N – 88 grados 54' 38” W.

Aquí grabamos en vídeo nuestro último mensaje antes de partir del área.



(Despedida del cementerio natural de Sergio Mancilla, Vielka, Sergio, Leopoldo)

Iniciamos el descenso y el retorno y en el camino nos pasamos a despedir del compañero Rogelio, y a indagar sobre la propiedad del terreno que nos interesa. Rogelio nos informa que éste es propiedad de una Cooperativa y que uno de sus nietos tiene contacto con la organización. El compañero Berne le dará seguimiento a esto con el objetivo de lograr desmalezar el terreno para continuar la búsqueda.

Esa noche de vuelta en casa de Orbelina es noche de canto. Un buen vecino nos prestó una hermosa guitarra para este objetivo, las canciones revolucionarias de latinoamérica compitieron con los cantos de los animales de El Jícaro en tierra Chalateca. La Tía Orbelina también nos regaló sus canciones, al igual que Berne y Vielka que conocían mucho del material musical presentado.

No recuerdo si el canto fue antes o después de haber asistido a la iglesia de El Jícaro donde se hizo un acto para conmemorar el martirologio por asesinato de Monseñor Romero. Allí ingresamos Leopoldo, Vielka y yo, para acompañar a los fieles que aun lloran el asesinato de su pastor y santo. Al menos un par de ateos nos sentamos entre los fervientes católicos para estar con ellos, en solidaridad, en ese día. El párroco notó nuestra presencia y agradeció a los visitantes que los acompañaban. Mientras estábamos allí yo pensé que se trataba de otros visitantes, pero pronto me di cuenta que se refería a nosotros.



(Nuestros entrañables guías, camaradas, amigos y hermanos, Berne y Pedro)

SEXTO DIA

Jueves, 26 de marzo. Ya en Chalatenango, Leopoldo pudo reunirse con varios de sus antiguos camaradas de lucha, que lo recibieron con entrañable cariño. Esta será naturalmente su propia historia. Quedan los testimonios gráficos de dichos encuentros. Allí nos reunimos con un compañero que había perdido un brazo en la lucha. Con otro compañero que sobrevivió intacto y que tuvo el honor de derribar un avión del ejército con un misil portátil, pasando a ser llamado simplemente “El Misilero”, en su comedor tenía en un cuadro una fotografía de aquel tiempo donde posaba con su misil al hombro. Otros compañeros, igualmente combatientes, nos acompañaron y posaron junto a Leopoldo. La mayoría de ellos no conocieron a Horacio, nuestro Sergio Mancilla. Ahora sí conocieron de su paso por allí y de su caída en combate, y de los miles de kilómetros de distancia que recorrimos para buscar sus restos, pero más que nada para honrar su sacrificio en tierra salvadoreña, por la revolución socialista internacional.

La despedida con Orbelina fue grata y familiar. Nos sentimos muy queridos por ella, y nosotros le devolvimos el cariño con toda naturalidad. Para mí, quedaba atrás la casa de los misterios, con sus artefactos de campo que me descolocaron después de tantos años de vida urbana en el imperio. Solamente el calor y la humedad no nos daban tregua.



(Salud en nuestro Cuartel General de El Júcaro, Berne, Pedro, Leo, Vielka, Orbelina)

El camino de vuelta no estuvo exento de vueltas, ya que Leopoldo consiguió datos de una de sus camaradas en su contingente, y Berne decidió ir a su casa a saludarla. No la encontramos en casa porque ese día se realizaba la Gran Marcha por La Paz, y pocos se restaron a participar en ella. Leopoldo le dejó una nota con la vecina.

De vuelta en nuestro grato hotelcito de San Salvador, lo primero para mí fue hacer andar el aire acondicionado de mi pieza y bajar la temperatura de mi cuerpo atribulado de calor. Mientras tanto Leopoldo continuaba contactando antiguos camaradas que con gusto hacían arreglos para reunirse y conversar.

SEPTIMO DIA

Viernes, 27 de marzo. Para este día Berne había arreglado una cita con el Vice Canciller, Carlos Castaneda. El compañero Castaneda, joven combatiente durante la guerra civil, terminó con una rodilla destruida por balas del ejército, la que le fuera reconstruida en Cuba, y de no ser que el mismo contó su historia, no nos habríamos dado cuenta de tal herida de guerra. De hecho, reflexiono, que hay muchos que cargan con heridas de guerra que no se notan, pero están presentes cada día de su vida. Con el Vice

Canciller conversamos sobre los procesos de Chile y El Salvador, las similitudes donde los sobrevivientes dirigentes socialistas del pasado se han hecho cargo de la administración del nuevo estado capitalista. Pensaba sobre los Acuerdos de Paz que terminaron la guerra civil en El Salvador, donde si hubo acuerdo firmado, pero donde aún no hay paz. Pensaba también que el acuerdo decía expresamente que el sistema de propiedad, o sea el capitalismo, no era negociable. Pensaba en paralelo en los certificados de buena conducta firmados en Chile con la dictadura, donde igualmente Pinochet dejaba una sociedad con constitución y todo donde el sistema capitalista era intocable.

El Vice Canciller nos dio alrededor de 45 minutos en su despacho. Nuestra reunión debió terminar ya que los requería el mismo Presidente Salvador Sánchez Cerén. Por esos días la votación de diputados había arrojado mayoría para la oposición de derecha al FMLN. Sin embargo, Castaneda, se quedó con ganas de seguir conversando y prometió visitarnos en nuestro hotel por la tarde, lo que en efecto hizo. Antes de partir de su despacho nos regaló a cada uno dos libros, “De la Locura a la Esperanza, La Guerra de 12 Años en El Salvador”, un informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador, y “El Salvador, de la Guerra Civil a la Paz Negociada,” de varios autores, incluyendo un ensayo de Sánchez Cerén.



(Vice Canciller Carlos Castaneda, Leopoldo, Vielka)

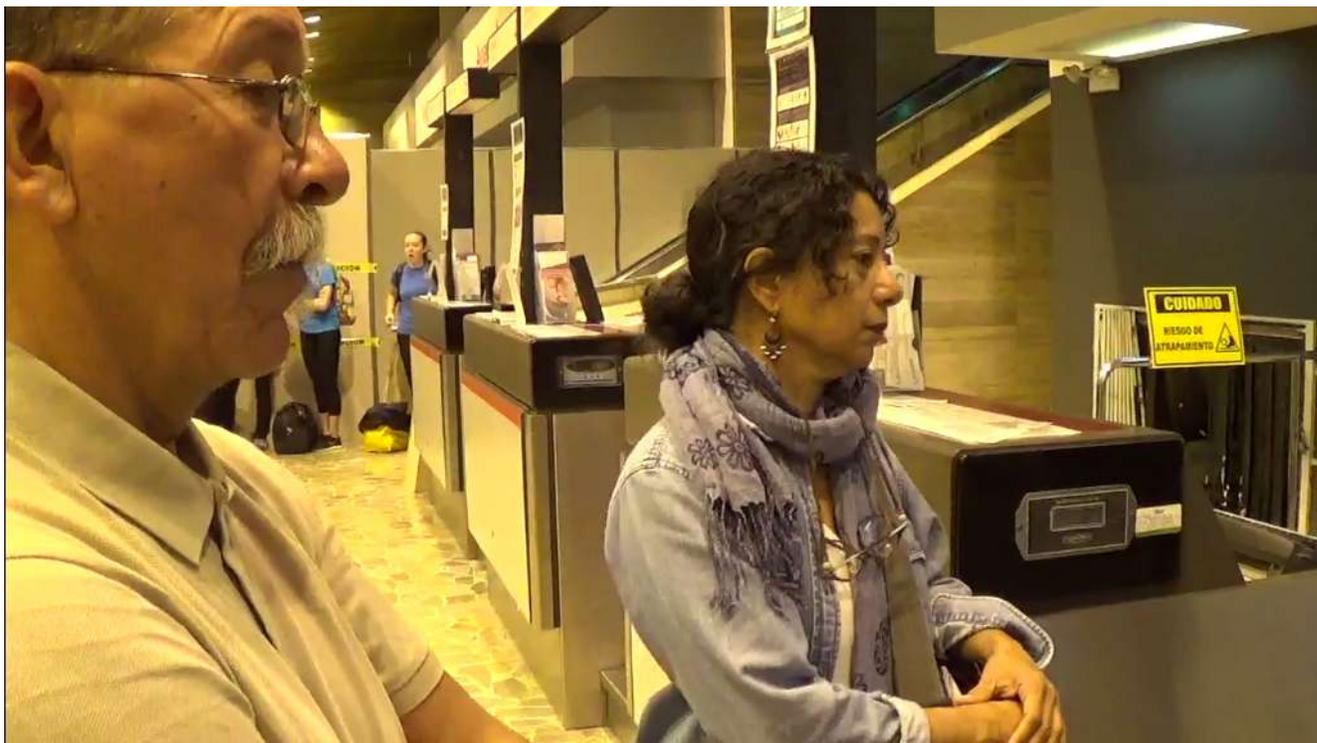
El resto del día estuvo cargado de reuniones de Leopoldo con ex-compañeros de lucha. Al igual que los innumerables nombres de los cerros de El Salvador, estos fueron demasiados para recordarlos. De seguro para nuestro Leopoldo esta tarea en El Salvador fue un grato reencuentro con sus luchas de juventud y ha de volver a sus cerros en el Cajón del Maipo chileno lleno del afecto de sus compas.

Esa noche también nos despedimos con un hasta pronto de nuestro querido compañero Pedro Café,

quien debía regresar a su casa, junto a su familia.

OCTAVO DIA

Sábado 21 de marzo. Temprano viajamos al aeropuerto a dejar a Leopoldo y Vielka que partían ambos vía COPA a Panamá, donde quedaba Vielka, mientras Leopoldo seguiría vieja a Chile. De nuevo pasamos por la comodidad del auspicio de cancillería. Para sorpresa nuestra, allí estuvo también nuestro compañero Carlos Castaneda, para despedirse de nosotros, mientras él partía hacia Canadá. La despedida de Vielka y de Leopoldo fue natural y nunca pensamos definitiva. Sabemos que tenemos trabajo por hacer aun. Lo que si está claro es que en 7 días compartimos más de medio siglo de experiencias, desde la niñez de Sergio, Horacio, hasta su muerte, y los tantos años que han transcurrido desde entonces.



(De vuelta a casa, Leopoldo y Vielka)

Con Berne tuvimos más tiempo aun de compartir, ya que mi vuelo partía al mediodía. Mientras estuve en El Salvador, traía el encargo de mi compañera magallánica Magda de hacer seguimiento con un ex-comandante del ERP sobre la búsqueda que ella hace de su compañero. Su compañero, uruguayo, nombre de guerra “Patricio” cayó también en combate en suelo salvadoreño. Berne, con una solidaridad admirable, ha tomado también esa búsqueda para ayudar a contactar a los que puedan saber dónde fue enterrado el compañero. Le decía a Berne que anda cargando sobre sus hombros los fantasmas de una guerra que aún no termina. Hablamos sobre la esperanza, la política actual donde no hay esperanza, y el poder popular de la base, que yo creo es posible si se construye a pesar de la primacía del capitalismo en nuestras sociedades. Concluía que el progreso de nuestra búsqueda de los restos y de la memoria de Horacio han sido producto del poder popular, que tal vez nunca habrían

llegado a este punto de no ser por el esfuerzo de todos los que hemos participado de esta tarea, que al fin y al cabo no es otra cosa que una expresión de amor revolucionario.

Gracias a todos, todas, los que han apoyado y participado de este proyecto, desde cualquier lugar de la tierra.

(Y, gracias, otra vez, a Vielka y Berne por corregir este escrito.)

Watertown, Massachusetts, 6 de abril de 2015